

XLV.

»Y del primero aquel, que la ventura
Alcanzó de unos hechos gigantéos,
Seré nueva y eterna sepultura,
De Dios por los recónditos deseos:
Aquí de la Turquesa gente dura
Vendrá á humillar los ínclitos trofeos:
Y Quilóa y Mombaza destruidas,
Le amenazan conmigo doloridas.

XLVI.

»Otro vendrá tambien de ilustre fama,
Liberal, caballero, enamorado,
Y consigo traerá la hermosa dama
Que amor por gran merced habrále dado:
Triste destino y negro mal le llama
A este mi reino; que implacable, airado,
Para largos trabajos y escesivos,
De gran naufragio dejarélos vivos.

XLVII.

»Verá de sed morir sus hijos caros,
Con tanto amor formados y nacidos;
A los Cafres verá quitar avaros,
A la dama pulida sus vestidos;
Y los de blanca nieve miembros raros,
Al aire, al frio, al mar verá ofrecidos,
Despues de haber pisado largamente,
Con sus mórbidos pies la arena ardiente.

XLVIII.

»Y ver podrán los ojos que escaparen
De tanto mal y negra desventura,
El final que los tristes alcanzaren
En la implacable y férvida espesura:
Pues luego que las piedras ablandaren,
Con lágrimas de insólita amargura,
De su prision con vencedoras palmas,
Abrazados verán salir sus almas.»—

XLIX.

»Másqueria ir diciendo el mónstruo horrendo,
De nuestra suerte y hados, cuando erguido
Dije:—«¿Y quién eres tú? Que ese estupendo
Cuerpo en verdad me tiene sorprendido.»
La boca y negros ojos retorciendo,
Y dando un espantoso y gran bramido,
Me respondió con voz lenta y no clara,
Cual si de la pregunta le pesara:

L.

—«Yo soy aquel oculto y grande Cabo
A quien llamáis vosotros Tormentorio:
Que nunca á Pompio, Toloméo, Estrabo,
Plinio, ni á cuantos fueron, fue notorio.
Yo la costa del Africa aquí acabo
Con el mi nunca visto promontorio,
Que para el polo Antártico se estiende,
A quien vuestra osadía tanto ofende.

LI.

»Fuí de los duros hijos de la tierra,
 Cual Encélado, Egéo, y Centimano:
 Me llamé Adamastor: hice la guerra
 Contra el que vibra rayos de Vulcano;
 Y no poniendo sierra sobre sierra,
 Mas las ondas ganando del Oceáno,
 Capitan fuí del mar por donde andaba
 La armada de Neptuno que buscaba.

LII.

»Amor por la alta esposa de Peléo
 Hízome de esa empresa ser el cabo,
 Y á las hijas no amé del Empiréo,
 Por seguir á la Reina del mar bravo.
 Un dia con las hijas de Neréo
 La ví salir desnuda; y luego esclavo
 El corazon sentí de tal manera,
 Que desde allí no hay cosa que más quiera.

LIII.

»No siéndome el lograr su afecto dable,
 Por la grandeza fea de mi gesto,
 La juzgué por las armas conquistable,
 Y á Dóris puse el caso manifiesto.
 Esto dió que, por miedo, á Tétis hable:
 Mas ella con gentil sorriso honesto
 Respondió: *¿Pues qué amor hay suficiente
 De ninfa para esposo tan ingente?*

LIV.

*»Con todo, por librar nuestro aledaño
 Mar de tal guerra, buscaré manera
 Con que, con la honra mia, escuse el daño;
 Tal respuesta me da la mensajera:
 Yo, que caer no pude en este engaño
 (Que es grande en los amantes la ceguera),
 Henchíme, con insólita confianza,
 El pecho de deseos y esperanza.*

LV.

»Y necio, y ya de guerra desistiendo,
 Una noche, de Dóris prometida,
 Ví de lejos el rostro apareciendo,
 De aquella blanca Tétis, tan querida:
 Como loco al instante corrí, abriendo
 Los brazos hácia aquella que era vida
 De mi ser, y empecé los ojos bellos
 A besarla, y la faz, y los cabellos.

LVI.

»¡Oh! que no sé de enojo si lo cuente!
 Que en mis brazos creyendo á la que amaba,
 Abrazado me hallé con un ingente
 Monte de jaras y espesura brava,
 Y un escollo teniendo frente á frente,
 Que por el rostro angélico tomaba;
 Con que hombre no fuí ya, mas quedé mudo,
 Y junto de un peñasco, otro más rudo.

LVII.

»¡Oh ninfa la más bella del Océano!
Ya que la mi presencia no te agrada,
¿Qué te costó guardarme el símil vano,
Ya fueses monte, nube, sueño, ó nada?
Luego partí rabioso y cuasi insano,
De la pena y deshonra allí pasada,
Otro mundo á buscar, donde no viese
Quien de mi llanto y de mi mal riese.

LVIII.

»Eran ya en este tiempo mis hermanos
Vencidos y en miserias singulares;
Y por alivio de los dioses vanos,
Montañas son de algunos espaldares;
Y como contra el cielo nunca hay manos,
Yo, que andaba llorando mis pesares,
A sentir empecé de hado enemigo,
Por mis atrevimientos, el castigo.

LIX.

»Mudóseme la carne en tierra dura,
Y mis huesos peñascos se volvieron:
Estos miembros que ves, y esta estatura,
Por estas anchas aguas se estendieron:
De este remoto Cabo en la figura
Los dioses mi gran cuerpo convirtieron;
Y para que mis penas sean solas,
Me anda Tétis cercando con sus olas.»—

LX.

»Así decia, y con doliente lloro
Súbito de mis ojos se separa:
Deshácese la nube, y de sonoro
Bramido suena lejos timbre rara.
Yo las manos alzando al santo coro
De ángeles, que tan lejos nos guiára,
Pedí á Dios que apartase aquellos duros
Casos que Adamastor contó futuros.

LXI.

»Piróis y Flegón ya van volviendo,
Con los dos más el carro fulgurante,
Cuando la escelsa tierra iba saliendo
En que fue convertido el gran gigante.
De esa costa á lo largo aquí rompiendo
Las olas á sulcar, hácia el Levante,
Por ella abajo un poco navegamos,
Y por segunda vez tierra tomamos.

LXII.

»Las gentes que en sus límites habia,
Aunque tambien Etfopes nacieron,
Mostraban condicion menos impía
Que los que antes tan mal nos recibieron.
Con bailes y con fiestas de alegría,
Por la arenosa playa á nos vinieron,
Sus esposas trayendo, y su ganado,
Que apacentaban gordo y bien cuidado.

LXIII.

»Las quemadas mujeres van encima
De los bueyes corníferos sentadas,
Animales que tienen en estima,
Más que los de las otras sus manadas:
Cántigas de pastor, en prosa ó rima,
Cantan en su lenguaje, concertadas
Al dulce son de rústicas avenas,
De Títiro imitando á las Camenas.

LXIV.

»Estos que aparecian placenteros
Á la vista, propicios nos trataron,
Trayéndonos gallinas y carneros,
En cambio de otras cosas que llevaron:
Mas como en fin jamás los compañeros
Ni palabra ni indicio les sacaron
Que nos sirva á encontrar lo que pedimos,
Las blancas lonas á los vientos dimos.

LXV.

»Dado habíamos ya rodeo ingente
Á la costa africana, y ya tornaba
La prora á demandar el centro ardiente
Dó el cielo y polo Antártico quedaba;
Y dejamos la línea, dó igualmente
Otra armada encontróse, que buscaba
El Tormentorio cabo, y descubierto,
Hizo de ella tambien su rumbo cierto.

LXVI.

»Fuimos de aquí sulcando muchos dias,
Entre tormentas tristes y bonanzas,
Al ancho mar abriendo nuevas vias,
Solo llevados de arduas esperanzas:
Luchas tuvimos con las ondas frias;
Que como todo en ellas son mudanzas,
Allí corriente hallamos tan pujante,
Que pasar nos costó más adelante.

LXVII.

»Era mayor la fuerza en demasía,
Segun que para atrás nos empujaba,
Del mar, que contra nos allí corría,
Que la del viento que por nos soplabá:
Noto, que airado está de la porffa
Que con el mar parece sustentaba,
Esfuerza su soplar furiosamente,
Con que vencer nos hace la corriente.

LXIII.

»Traia el sol el dia celebrado,
En que tres Reyes desde el rojo Oriente
Van á buscar un Rey de corto estado,
En quien tres forman uno solamente:
En tal luz otro puerto fue tomado
Por nos de aquella misma negra gente,
En ancho rio, al cual el nombre puse
Del dia en que á su playa entrar dispuse.

LIX.

»De ese pueblo vituallas adquirimos,
Y agua fresca del rio: más no pudo
Luz allí descubrirse cual quisimos,
Que el negro es con nosotros casi mudo.
¡Oh Rey! Ve aquí por cuales tierras fuimos,
Sin salir nunca de aquel pueblo rudo,
Sin nunca hallar noticias ni señales,
De las buscadas tierras orientales.

LXX.

»Imagínate ahora ¡cuán cuitados
Andaríamos todos, cuán perdidos,
Por hambres, por tormentas quebrantados,
Por climas y por mares no sabidos:
De esperar realidades tan cansados,
Cuanto á desesperar ya compelidos:
Por cielo innatural, de leyes varias,
Á nuestra propia especie tan contrarias!

LXXI.

»Ya dañado y corrupto el alimento,
Doliente, enfermo el flaco cuerpo humano;
Sin tampoco encontrar contentamiento
Con que engañar el esperar en vano:
¿Piensas tú que si el nuestro ajuntamiento
Del soldado no fuese Lusitano,
Por ventura siguiera así obediente
Tanto tiempo á su Rey y á su regente?

LXXII.

»¿Piensas que no los vieras tú ya alzados
Contra su capitan, si mal los mira,
Haciéndose piratas, obligados
De desesperacion, de hambre, de ira?
Grandemente, por cierto, están probados,
Pues que ningun trabajo les retira
De aquella Portuguesa alta escelencia
De firme lealtad y de obediencia.

LXXIII.

»Dejando el puerto, en fin, del dulce rio,
Y volviendo á cortar la agua salada,
Hicimos de esta costa algun desvío,
Echando al alto mar toda la armada
Porque Noto, soplando manso y frio,
No nos dejara en calma en la ensenada
Que la costa de aquella parte indica
Donde el oro nos dá Sofála rica.

LXXIV.

»Y despues de pasarla, el breve lema
(Que encomendado á Nicolás se sabe)
Para dó rompe el mar su ímpetu extrema
Guiá las proras de una y otra nave,
Cuando ya el corazon, que espera y trema,
Y que tanto ha fiado á débil trabe,
Yendo al fin de esperar desesperado,
Fue de gran novedad alborozado.

LXXXI.

»Ocurrió que de un mal (de que ni idea
Jamás tuve), cruel, sucio, acabáran
Muchos cuerpos, y en tierra estraña y fea,
Para siempre sus huesos se enterráran.
Sin verlo, ¿habrá quizá mortal que crea,
Que tan disformeménte allí se hincharan
Las encías, que, mientras que crecía,
En la boca la carne se podría?

LXXXII.

»Pudrífase con peste y maleficio
Tanto, que el aire en torno inficionaba:
De médico no habia el beneficio,
Y menos cirujano hábil se hallaba:
Mas cualquiera, no docto en ese oficio,
Por la podrida carne así cortaba,
Cual si de muerto fuese; y convenia:
Que á quien no la cortaban, se moria.

LXXXIII.

»En fin, en esta incógnita espesura
Dejamos, para siempre, camaradas
Que en tal camino y tanta desventura
Nos siguieron, con almas esforzadas.
¡Cuán fácil halla el cuerpo sepultura!
Cualquiera mar ó tierras apartadas,
Cualquier otero humilde, cual los de esos,
De los más grandes guardará los huesos.

LXXXIV.

»Así que del fatal lugar partimos,
Con fe mayor, si con mayor tristeza,
Y por la costa abajo el mar abrimos,
Buscando signos de mejor certeza,
En la infiel Mozambique nos metimos:
De cuya falsedad y gran vileza
Ya serás sabedor, con los villanos
Actos de los Mombazes inhumanos.

LXXXV.

»Luego vinimos á tu fácil puerto
Dó al suave goce de tu genio grato,
Que salud dará á un vivo y vida á un muerto,
Nos trujo el hado, al fin, benigno un rato.
Aquí reposo, aquí dulce concierto,
Aquí el consuelo de tu dulce trato
Hallamos; y vé aquí, si atento oíste,
Que todo te conté cuanto pediste.

LXXXVI.

»¿Piensas tú ahora ¡oh Rey! que hubo en el mundo
Gentes que tal camino acometiesen?
¿Juzgas que tanto Enéas, ó el facundo
Ulises por el mundo se estendiesen?
¿A ver lanzóse alguno mar profundo,
Por muchos que dél versos se escribiesen,
Más del que á impulso ví de esfuerzo y arte,
Que es del que aun he de ver la octava parte?

LXXXVII.

»Aquel que bebió tanta de agua Aónia.
Sobre quien traban pugna peregrina
Entre sí Esmirna, Rodas, Colofonia,
Argos, Atenas, Io, Salamina;
Y el otro que ilustró toda la Ausónia,
Y cuya voz altísima y divina
Oyendo el patrio Mincio se adormece,
Mientras su son al Tibre ensoberbece:

LXXXVIII.

»Canten, loen y escriban siempre estremos
De esos sus semidioses que encarezcan,
Magas fingiendo, Circes, Polifemos,
Sirenas que con cantos adormezcan:
Dénles el navegar, á vela y remos,
Los Ciconios y tierras dó se empezcan
Los compañeros al gustar del loto:
Dénles que caiga al agua su piloto:

LXXXIX.

»De las odres les suelten, é imaginen
Vientos fieros, Calipsos agitadas,
Harpías, que el manjar les contaminen:
Bajar á ver las almas ya finadas;
Que por mucho que pulan y que afinen
Estás fábulas ya tan bien soñadas,
La verdad que yo cuento, escueta y pura,
Vence á toda grandilocua pintura.»

XC.

Del Capitan facundo y de su boca
Todos están pendientes, embebidos,
Cuando á la narracion dar fin le toca
De hechos tan singulares y subidos.
El corazon sublime el Rey evoca
De esos Reyes, en guerras tan sabidos:
Lea la antigua Lusa fortaleza,
La lealtad del pecho y la nobleza.

XCI.

Y cada hombre del pueblo que se admira,
Lo que más le chocó cuenta y repite;
Y del Luso la vista no retira,
Que corrió tantos senos de Anfitrite.
Mas ya el Délio garzon las riendas vira,
Que de Lampecia el deudo se permite,
Por ir á descansar en el ameno
Centro de Tétis y en su dulce seno.

XCII.

¡Cuán dulce es la alabanza y justa gloria
De propios hechos cuando son cantados!
Quiere el noble varon en la memoria
Igualar ó vencer á sus pasados:
Las envidias de ajena y propia historia
Actos crean á veces sublimados;
Y al que obras valerosas ejercita,
El ajeno loor mueve y escita.

XCIII.

No estimaba los hechos valerosos
De Aquiles Alejandro, en la pelea,
Cuanto de su cantor los numerosos
Versos, que son lo que su afán desea.
Los trofeos Milciádicos famosos
Ocupan de Temístocles la idea;
Y diz que nada le halagaba tanto
Cual de sus glorias escuchar el canto.

XCIV.

Trabaja por mostrar Vasco de Gama
Que la gloria de mar que en más se estima,
No merece tan grande gloria y fama
Cual la suya, que al cielo se sublima.
Sí: mas el héroe aquel que precia y ama
Y con mercedes y favor le anima,
La lira del Mantuano hace que suene,
Y de Enéas y Roma el mundo llene.

XCV.

La tierra Lusitana da Escipiones,
Césares y Alejandros, y da Augustos:
Mas no les da, con todo, aquellos dones
Por cuya falta son fieros, adustos.
Óctavio, entre desastres y opresiones,
Versos hacia doctos y venustos:
Ni en verdad dirá Fulvia que es mentira
Que la dejaba Antonio por Glafira.

XCVI.

Por las Galias triunfante Julio avanza,
Y las armas no quítanle la ciencia,
Y con la pluma en mano, ó con la lanza,
Iguala á Ciceron en la elocuencia.
Cuanto se sabe de Escipien y alcanza,
Dice de sus comedias la escelencia,
Y Alejandro leia tanto á Homero,
Que su libro era dél el compañero.

XCVII.

No ha habido gran varon en armas vivo,
Que no fuera en las ciencias eminente,
Bárbaro de nación, Lacio, ni Argivo,
Esceptuando á la Lusa solamente:
Ni digo sin vergüenza que el motivo
De que en ellas no salga uno escelente,
Es el tenerse en menós verso ó rima;
Que quien no sabe el arte, no le estima.

XCVIII.

Por eso, y no por falta de ventura,
Portugueses Virgilibios no hay, ni Homeros;
Y hasta no habrá, si esa costumbre dura,
Enéas con piedad, ni Aquiles fieros.
Mas de todo es peor, que la natura
Tan ásperos los hace y tan austeros,
Tan rudos, y de ingenio tan escaso,
Que poco ó nada se les dá del caso.

XCIX.

Agradezca á las Musas nuestro Gama,
 El que tú, patrio amor, hoy las obligas
 Para que en versó suene la alta fama
 De los suyos, y bélicas fatigas;
 Que ni él, ni otro que cual él se llama
 Habrian de tener por tan amigas
 A Caliópe y sus ninfas, que dejasen
 Por él sus telas de oro y le cantasen.

c.

Porque el fraterno amor á las civiles
 Glorias y á todo Lusitano fecho
 Es loor de las Tájides gentiles,
 Su solo intento, su especial derecho:
 Por eso nadie deje á varoniles
 Hazañas de tener dispuesto el pecho;
 Que como el nombre Portugués levante,
 Musa no há de faltarle que le cante.

FIN DEL CANTO QUINTO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.